

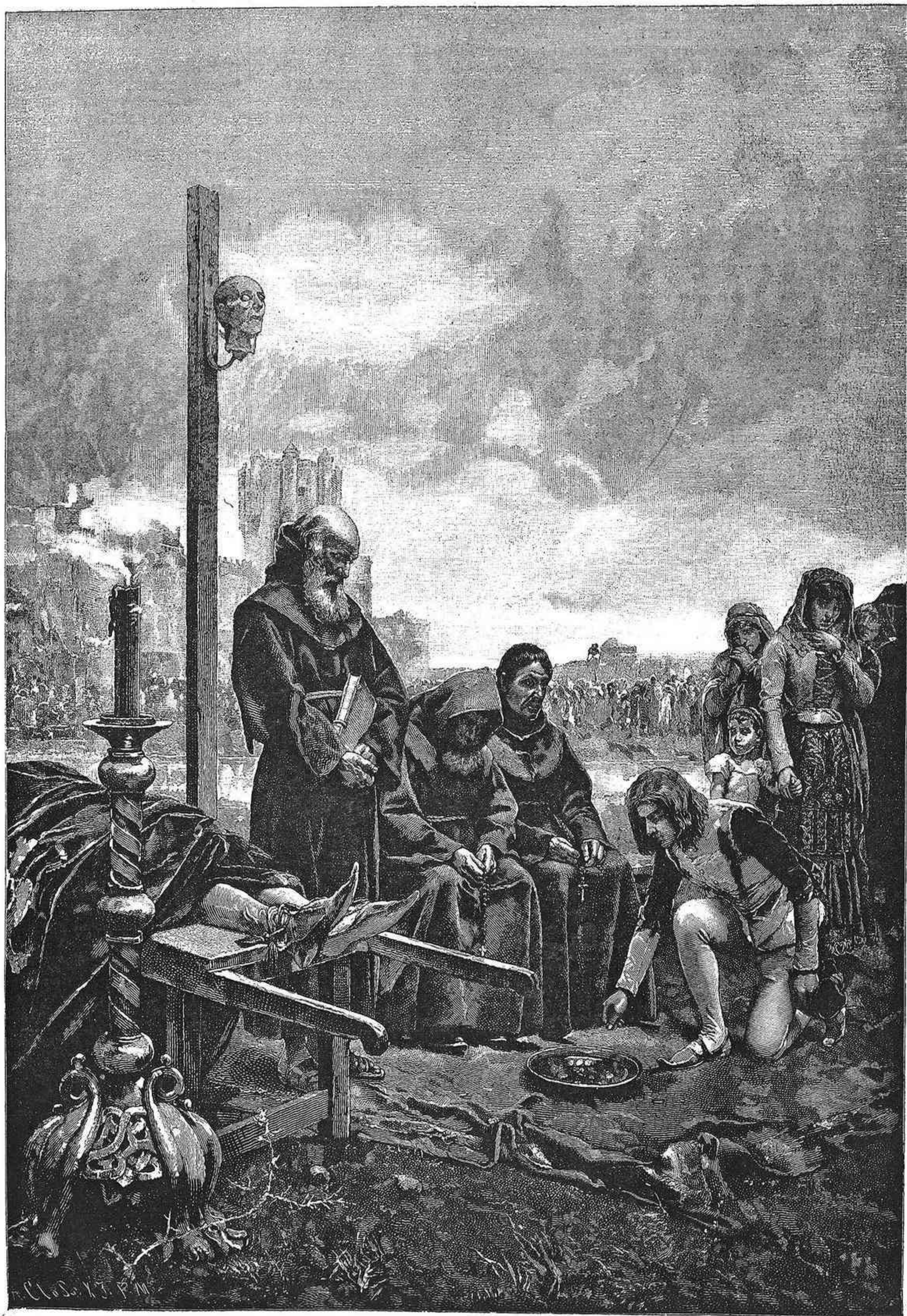


AÑO IV

← BARCELONA 14 DE DICIEMBRE DE 1885 →

NÚM. 207

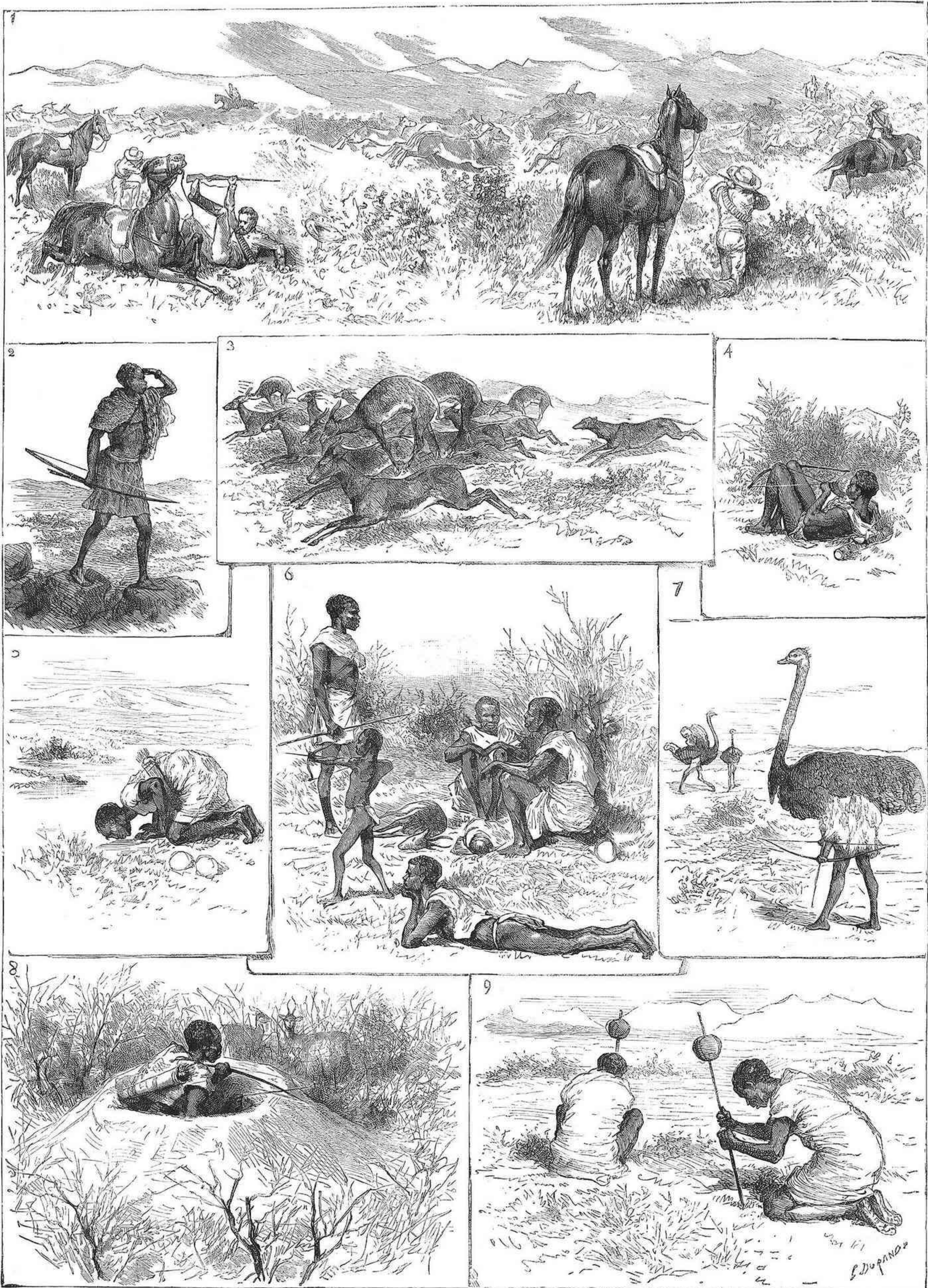
REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UNA LIMOSNA PARA EL ALMA DEL CONDESTABLE DON ÁLVARO DE LUNA, cuadro por Manuel Ramirez







UNA CACERÍA EN EL SUR DE ÁFRICA

1. En el campo.—2. Indígena explorando.—3. Manera de saltar de los gamos, cuando van perseguidos por los perros.—4. Método de los indígenas para usar el arco y la flecha contra las piezas mayores.—5. Después de tres días de caza.—6. Un campamento de indígenas.—7. Indígenas disfrazados de avestruces.—8. Hoyo de acecho, practicado donde se reúnen los gamos.—9. Indígenas cavando la tierra para extraer bulbos.





¡CONDENADA! CUADRO POR FERNANDO BRÜTT





UNA FARMACIA ESPAÑOLA Á ÚLTIMOS DEL SIGLO XVIII, cuadro por Emilio Casals



mal pasando el tiempo en tales niñerías!

La coyuntura, dado el buen humor que parecía tener el vecino del pabellon principal, era la más propicia para hacer la felicitacion de costumbre. Don Macario solía pagarlas con algunas copitas de anís y varias golosinas de su tierra, entre las que figuraban ciertos excelentes mantecados de las Descalzas. Empujaron, pues, suavemente la puerta para no turbar de modo brusco tan cómicos entretenimientos, y *velis nolis*, le espetaron el *¡felices pascuas!* de ordenanza.

Por esta vez el anís y los mantecados estaban verdes como las uvas del cuento. Don Macario, al oír aquellas felicitaciones á boca de jarro, tomó venganza de las risas ocultas que le habia prodigado el concurso soltando á su vez una retumbante carcajada. Despues dió dos zapateadas en el aire, giró sobre sus talones como una peonza, apretó contra su pecho por tres ó cuatro veces consecutivas su muñeca de trapo, y sin parar mientes en las risas de algunos de los visitantes, abrió de par en par las puertas de la alcoba de enfrente señalando á los vecinos atónitos un cuadro á la vez sùnebre y tierno.

Colocado sobre una mesita de pino, entre dos candelabros de metal blanco, se veía el cadáver de una hermosa niña rubia como un ángel y en cuyo semblante la muerte habia grabado apénas su repugnante huella. Al lado del cadáver y colocada de modo que podia mecer la cuna vacía, cuyas maderas producian un ruido seco al chocar sobre el pavimento, veíase á una mujer, aun en esa edad en que no han huido las gracias, pero cuyo semblante expresa todo un gólgota de insomnios y de dolores. La luz de las velas y la de la mañana, formando una especie de nimbo de amarillo y azul, envolvía aquel tristísimo grupo y le hacian destacarse allá en el fondo como una aparicion provocada por la linterna mágica. La cubierta de un pequeño féretro adornado de cintas color de rosa y sobre el cual se veian varios juguetes, completaban esta dolorosa perspectiva.

Por algo ha querido la naturaleza que se confundan á veces las risas y las lágrimas. La tosca inteligencia de aquellas gentes avivándose á la primera ojeada, abarcó lo

ADOLFO MENZEL, célebre dibujante alemán  
copia de una fotografía de los señores Ricardo Surdner de Berlin

que allí acontecia y se explicó perfectamente el que don Macario meciera y acariciara muñecas de trapo. La importuna risa del vecindario huyó al punto con sus cosquilleos y sus gárrulas propensiones y el llanto subió á los ojos en abundante raudal inundando los rostros de cuantos en el pabellon se encontraban.

Pocas veces he presenciado más ruda transicion ni más rápido cambio de perspectivas. La figura severa y fantástica de don Macario paseando la muñeca de su hija muerta, que pudo momentos ántes hacerme reír, preséntase aún á mi imaginacion á la manera de esos personajes creados por Shakespeare y cuya sola presencia en la escena, infunde espanto y terror supersticioso. Yo retrocedí espantado y me escabullí entre los vecinos más tímidos, en tanto que muchos otros le rodeaban llorando.

Segun supe despues, ya nadie acertó á pensar en el anís ni en los mantecados de don Macario; siendo fama que, mientras habitó en aquel pabellon, jamás volvieron á desearle FELICES PASCUAS.

BENITO MAS Y PRAT

#### TRINIDAD

( Conclusion )

—¿Quién es ese á quien ha saludado usted?

—¿Ese? El vizconde de... Un hombre encantador por todos conceptos, que aún no ha encontrado su media naranja; el *rara avis* de la humanidad. ¿Quiere V. que le presente?

—¡Me hace V. tales elogios!...

—¡Pepe! ¡Pepe! Ven.

La presentacion fué hecha.

Seis meses despues la boda se realizaba.

La dicha del vizconde era completa. Aquella pasion, fácil en un principio, habia crecido con los mil encantos de la vida íntima. Su esposa no era una mujer vulgar. Dueño de su hermosura, sabia sujetarla á todos los caprichos de una imaginacion arrebatada, y su rostro tenia todas las expresiones de la pasion, desde el abandono hasta el ardiente entusiasmo. Realizaba la poesia del amor. Educada como una princesa, ninguno de los prosaicos de la vida comun quitaba el encanto que á su amado concedía. Sabia hacer desear su presencia y temer su despedida. Nada de lo que caracteriza una pasion vulgar empañaba el idilio del primer amor de una mujer



TERTULIA DE FUMADORES DE FEDERICO GUILLERMO I, dibujo original de Adolfo Menzel

vehemente. Era una union íntima y eterna que sólo la muerte podía romper.

Pero por ser así, aquella mujer, entregada ciegamente á su pasión, sentía con más fuerza el desaliento de la duda y la intranquilidad de los celos. Creía que el vizconde no podía amarla como ella le amaba; temía el momento del cansancio, y le horrorizaba la idea de verse engañada.

Sin embargo, como su pasión era grande y sincera, no quiso mentir, y pocos días después de su encuentro le dijo:

—Mira: si no me amas de veras, separémonos. Si yo no soy en tu vida más que un capricho, si yo no he de ser la mujer á quien ames hoy y siempre, dímelo. Yo te agradeceré esos días de ventura, guardaré tu recuerdo en mi corazón y pensaré en tí toda la vida con gratitud. Pero si me amas, si me lo dices otra vez, no te pido más que una cosa: acuérdate de que amo y que soy celosa.

El vizconde calmó su temor y siguió amándola, y se casó; pero desde aquel día, cuantos medios tiene á su disposición una mujer para espiar las acciones y los pensamientos, fueron puestos en práctica por la celosa enamorada.

Con justa causa se acusaba de ello. Su desconfianza era una locura, uno de esos defectos que convierten á la mujer más hermosa de la tierra en la criatura más espantosa y desgraciada, secando su alma, alterando su razón, agostando su hermosura con el calor abrasador de las lágrimas.

Al mes de casado, el vizconde había desaparecido de entre sus amigos encadenado por aquéllos celos insensatos.

Poco tiempo después lo encontré. Estaba horriblemente cambiado.

Le detuve.

—¡Ah! ¿Eres tú?—me preguntó, esforzándose en vano por sonreír y mirando con desconfianza al rededor.

—Yo mismo. ¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Y tu familia?

—Bien. En San Sebastian.

—¿No sales este verano?

—Sí... No...

Sacó el reloj y me dijo con una intranquilidad extraña: —¡Las siete y cinco!... Dispensa... Me esperan á las siete...

Y me dejó, siguiendo su camino casi á la carrera y á riesgo de ser atropellado por un coche.

Supe por un amigo que se había casado. Él ni siquiera se detuvo á decírmelo.

Pasó tiempo, y una mañana le ví entrar en mi cuarto, pálido, con los ojos extraviados y el traje lleno de polvo.

—Vengo á pedirte un servicio,—me dijo;—mañana me bato y quiero que tú seas uno de mis padrinos.

Se dejó caer en una silla, y escondiendo la cabeza entre las manos, rompió á llorar. Me admiré. Yo sabía que era un hombre de corazón, y su llanto me alarmó. Iba á interrogarle, cuando, levantándose de pronto, exclamó:

—¡No puedo más! ¡No puedo vivir así! Aconsejame, sálvame. Esa mujer me mata. ¿Quieres saber la vida que llevo desde que me casé? Escucha:

«Por la mañana, aun antes de despertar, siento su mirada fija en mí, ardiente, implacable. Inútil es decir que se ha levantado con la aurora, que ha registrado mis cajones, y ¡desgraciado de mí si halla una carta, una tarjeta, un prospecto! Viéndola intranquila le pregunto:

—¿Qué tienes?

—Nada,—me contesta.

Tiene un modo de contestar ese *nada* que me irrita. No le contesto. Mi silencio la enfurece, y con una sonrisa incisiva me responde:

—Después de todo, es natural. ¿Qué hombre no se cansa al fin y al cabo de su mujer? Ya ví anoche, en el teatro,—porque no soy ciega,—cómo te entusiasmaba aquella rubia. Mal gusto tienes.

—¡Una rubia! ¡A mí!

—No finjas admirarte. Tres veces la miraste con los gemelos... En cambio, apenas si me dirigiste la palabra... Y no eran por mí los suspiros que has dado toda la noche.

—¡Pero mujer, por Dios!

—Déjame: soy muy desgraciada.

Y llora y solloza... Yo la acaricio, la hago las más fervientes protestas... y al cabo de una hora de lucha, consigo apaciguarla. Entonces varía la escena.

—Perdóname, amor mio,—me dice.—Sí, sé que me engaño. ¿Verdad? júramelo.

—Te lo juro.

—¡Ah! quisiera que fueras viejo; quisiera verte lleno de canas y arrugas... Mira: no me engañes. No me engañes, porque me mataría... Pero antes escribiría una carta al juez acusándote de mi muerte.

Llega la hora de ir al ministerio y tomo el sombrero.

—¿Dónde vas?

—Al ministerio.

—Sí, al ministerio. Es natural. ¡Te esperarán tantas señoras que necesitan de tu influencia!...

Sospecha de mis acciones más insignificantes y las escenas de celos se repiten á todas horas. Ya es que mi pañuelo tiene un olor nuevo, ya es que estoy pálido ó triste ó alegre ó desesperado. Es una guerra sorda y continua; sigue mis pasos, espía á mis amigos, y los días empiezan como

acaban, y la vida es un inferno para mí.»

—Pero ¿no has tenido resolución para separarte de ella?—le pregunté.

—Sí, una vez. Hemos estado separados tres días. El primero me creía capaz de no volverla á ver. Si hubiera intentado verme la hubiera despedido. El segundo mi amor propio se sentía herido por su ausencia... Al tercero me eché en sus brazos al verla entrar exclamando: ¡Toma hasta mi última gota de sangre, pero no me abandones!

—Me has dicho que te bates mañana. ¿Por qué?

—¡Ella, siempre ella! Figúrate que anoche estábamos comiendo en los jardines; ¡allí la conocí! Un matrimonio joven vino á ocupar la mesa inmediata; no sé siquiera si la mujer era bonita ó fea, morena ó rubia. De pronto veo que mi mujer palidece, y, haciendo pedazos el plato que tenía delante, exclama en voz alta:—Cuando quieras puedes dejar de hacerte señas con esa señora.—Calcula el escándalo. La señora se desmaya y el marido, furioso, me da su tarjeta; dos amigos arreglan el lance, y yo tengo que acompañar á la causante, que me obliga á una nueva escena de reconciliación, arrepentida de su arrebato.

—¿Y quién es su marido?

—Mira,—respondió, dándome una tarjeta.

—Si esto no se arregla, eres hombre muerto,—le dije imprudentemente al ver el nombre del ofendido.

—¡Dios te oiga!—contestó mi amigo.—Así me verá libre de esta carga insoportable que me impide arrojar de encima.

\* \*

A la mañana siguiente se efectuó el duelo. Al caer en tierra el vizconde, herido en el pecho, me dijo:

—Déjame. Esta herida me hace bien.

Preguntó la hora y al saberla exclamó:

—Hoy sí que me he retrasado. Será la primera vez que entraré en mi casa sin temor á un disgusto.

El dolor de la esposa fué profundo y rodeó de dulcísimos cuidados al herido, bañándole el rostro con sus lágrimas, acariciándole la cabeza con sus manos y sellando mil veces los labios de su esposo con los suyos.

El médico había pronunciado un pronóstico grave. La esposa, arrepentida, velaba conmigo el delirio del enfermo que, en sus agitadas fantasías, pronunció un nombre.

—¡Trinidad!

La mujer se apartó violentamente de su esposo exclamando:

—¡Trinidad! ¡Trinidad! ¡Me engañaba!

No pude contener la risa. El *quid pro quo* era delicioso. —Señora,—la dije,—no se altere V. Trinidad es el nombre de su ayuda de cámara.

Volvió en sí confusa y avergonzada, comprendiendo el ridículo en que se había puesto, y rompió á llorar. Yo aproveché la ocasión para improvisar una filípica serijocosa sobre su pasión tiránica y procurar salvar á mi amigo de sus persecuciones, si Dios le libraba de la muerte. En buena hora hice la súplica, pues la situación del herido fué mejorando y dos meses después el vizconde estaba en plena salud. En una de las largas sesiones que pasé á la cabecera de su cama, le dije:

—Creo haber hecho tu felicidad hallando el remedio para curar á tu mujer de sus celos.

—¿Cómo?

—Cuando la veas celosa, no digas más que ¡Trinidad! Ni una palabra más. Prueba unas veces y si te resulta te lo explicaré.

Poco después, hallé á mi amigo, gordo, feliz, sin nece-



A. CLOS & CO. STUTTGART.

FEDERICO EL GRANDE, celebrado dibujo de Adolfo Menzel

sidad de mirar al reloj. Abrazóme con entusiasmo diciéndome:

—¿De dónde has sacado lo de Trinidad? ¿Tienes trato con las brujas?

Conté la historia, volvió á abrazarme y se despidió diciendo:

—Conservaré toda mi vida á Trinidad; si tengo un hijo, le pondré ese nombre; voy á comprar un perro que se llame así, y á tí... á tí no te llamaré más que Trinidad.

JOSE CAMPO-ARANA

LA EXPLOSION DE HELL-GATE

Hell-gate (puerta del infierno), es un estrecho canal donde las rocas, casi á flor de agua, forman terribles escollos, y en el momento del reflujo, peligrosos torbellinos que dificultaban la navegacion.

Ya en 1876 se habia hecho ménos difícil este paso, volando la punta de Hallet, con lo cual se despejó la entrada del East River ó rio Este (fig. 2). La explosion del 10 de octubre último completó la obra, haciendo desaparecer Flood Rock (Roca de Flood). Daremos algunas noticias generales sobre este trabajo gigantesco, completándolas con algunos grabados tomados del *Americano Científico*, que representan las fases principales de tan grandiosa empresa.

Hell-Gate y sus alrededores á vista de pájaro (fig. 2)

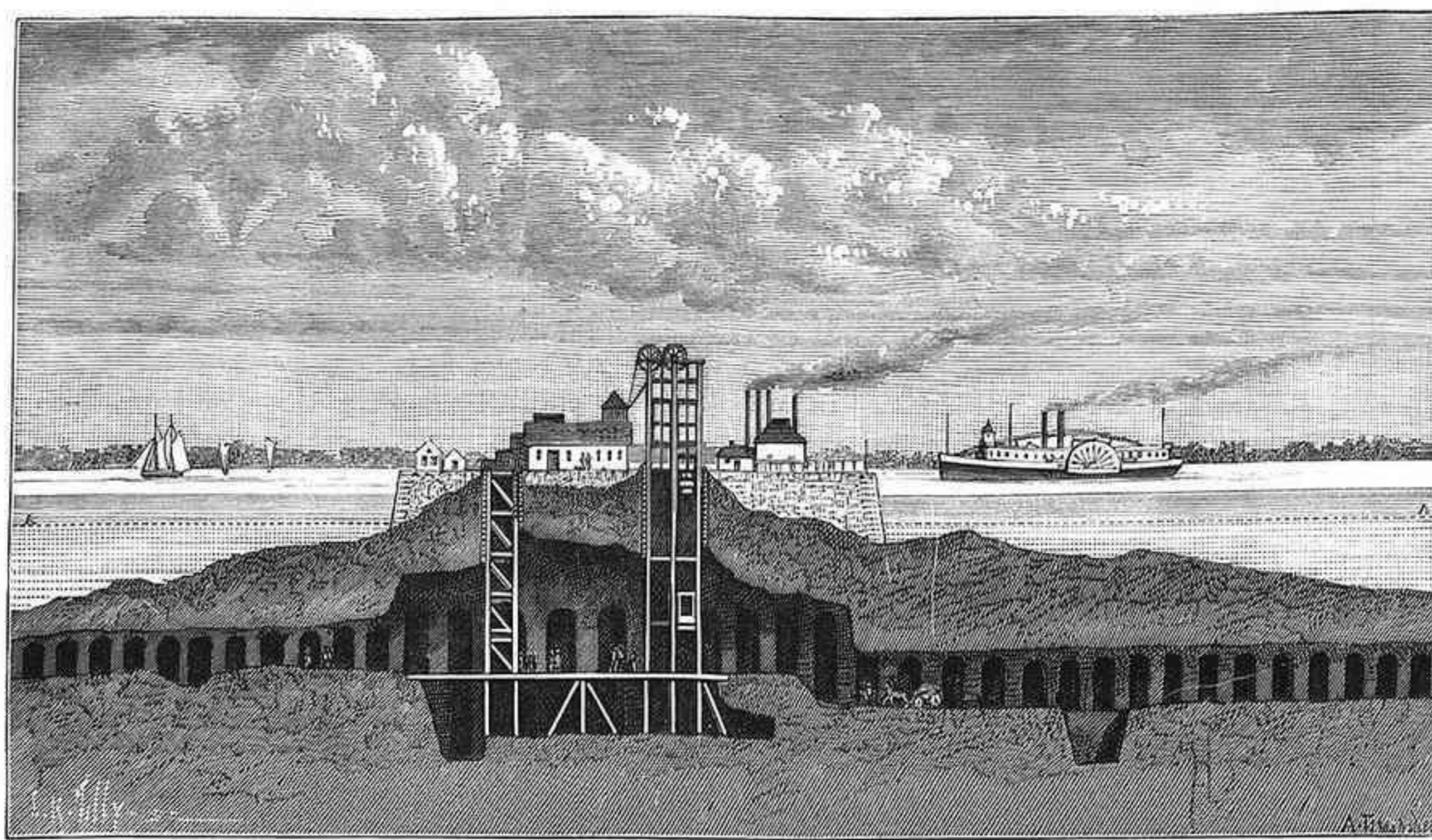


Fig. 1. La galería subterránea de la Roca Flood, abierta para preparar la explosion. —AA. Línea de nivel de las aguas bajas

indican claramente, si se fija la atencion en la línea de puntos que rodea á Flood Rock, la magnitud del obstáculo que se oponia á la navegacion. Las rocas estaban debajo del agua, pero á una profundidad insuficiente para dejar un paso libre á los buques; la corriente alcanzaba hasta 8'5 millas (14 kilómetros) por hora; los remolinos hacian muy peligrosa la navegacion, y el buque no salia de un paso difícil sino para entrar en otro. Prescindiendo de las pequeñas voladuras parciales de una serie

diámetro, y de una longitud media de 2'7 metros. Estos barrenos se llenaron de *rack-a-rock* y de dinamita; retiráronse despues todos los andamiajes y máquinas, y procedióse á una última inspeccion con el mayor cuidado para evitar todo error en una explosion que puede considerarse como una de las más importantes producidas hasta el dia.

La figura 4 representa los cartuchos y los explosores. El cartucho de dinamita (fig. 4 n.º 1) mide 38 centímetros

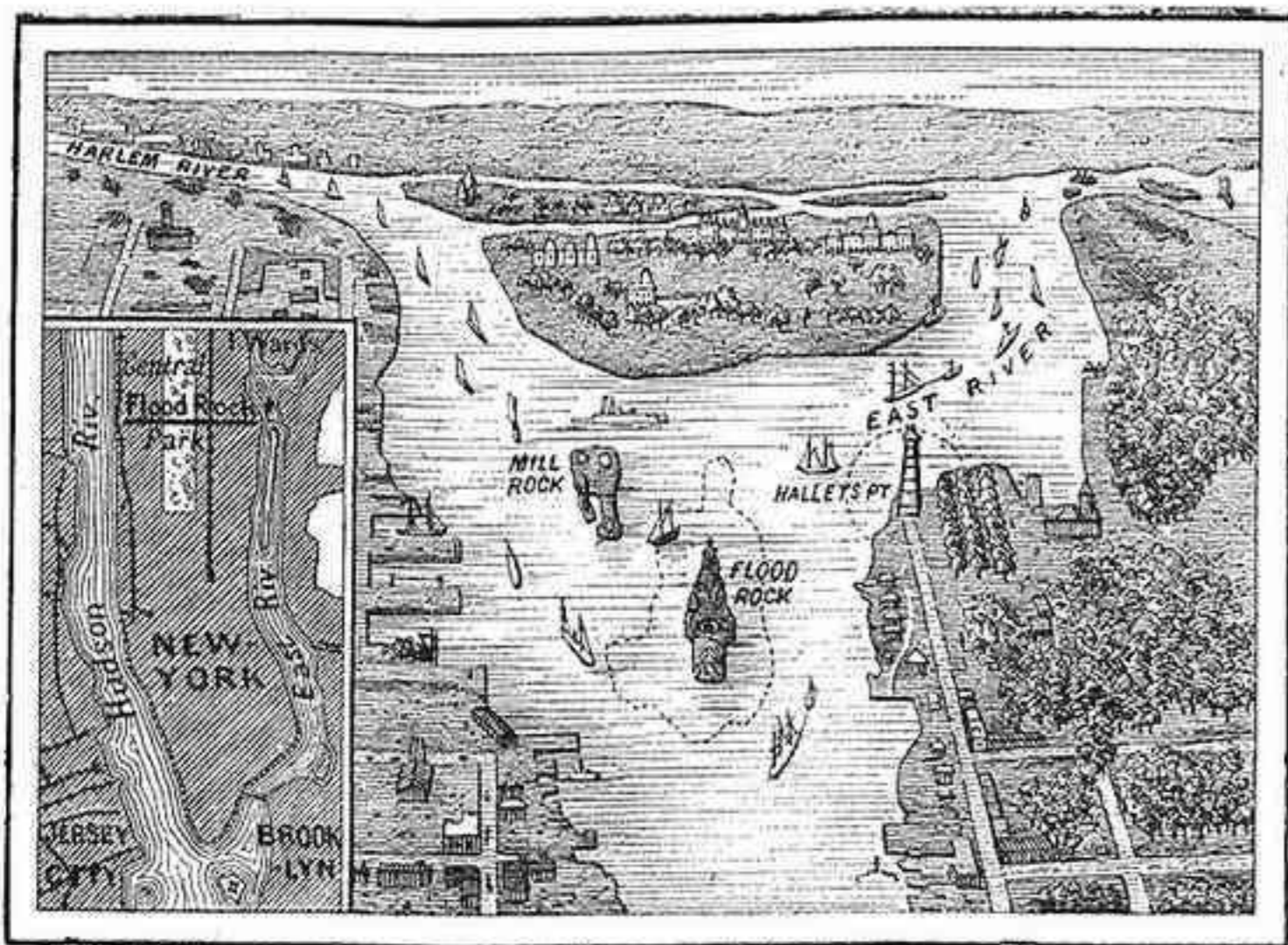


Fig. 2.—El paso del rio Este, denominado Puerta del Infierno, a vista de pájaro. —La línea de puntos al rededor de la Punta de Hallet indica la region de los escollos que se hizo volar en 1876. —Los puntos que rodean la Roca Flood señalan la region despejada por la explosion de 1885. —A la izquierda se ve el conjunto de Nueva York, mostrando la posicion geográfica de la Roca Flood.

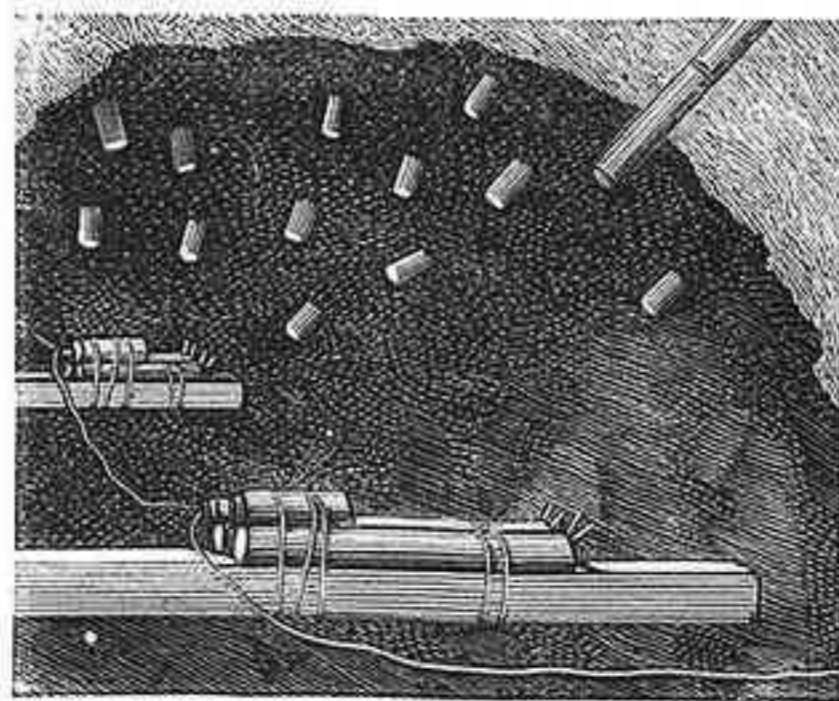


Fig. 3.—Los cohetes y los cebos.

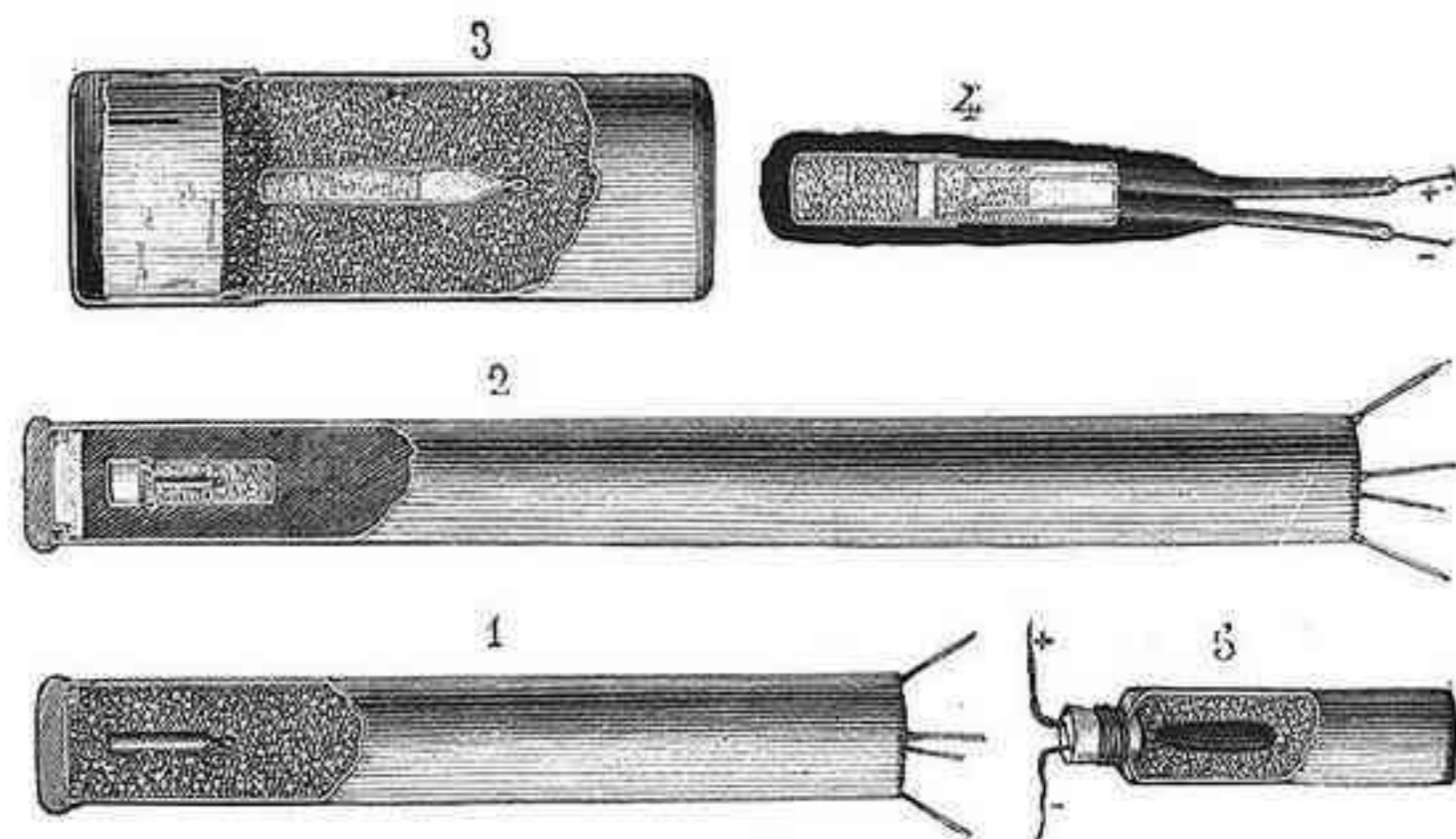


Fig. 4.—Los cartuchos y los explosores. —1 Cartucho de dinamita. —2 Cartucho de *rack-a-rock* (quebranta rocas). —3 Explosores del cartucho de *rack-a-rock*. —4 Cebos eléctricos cubiertos de gutapercha. —5 Explosor de mina lleno de dinamita y conteniendo el cebo eléctrico inflamatorio.

de longitud por 56 milímetros de diámetro; es el último cartucho colocado en cada barreno, y está dispuesto de tal manera que su extremidad sobresale de la cara exterior de la roca unos 15 centímetros. En la parte exterior, hácia la extremidad, se pone un explosor compuesto de un estuche de cobre delgado que contiene fulminato de mercurio. El n.º 2 (fig. 4) representa un cartucho de *rack-a-rock* con su explosor de dinamita, que el n.º 3 (fig. 4) representa separadamente de medio tamaño de ejecucion: cada cartucho tiene 60 centímetros de longitud por 56 milímetros de diámetro. El *rack-a-rock* es una mezcla de benzina binitrada (*dinitro benzola*) y de clorato de potasa.

Estos productos son inofensivos mientras están separados. La mezcla se hacia en una fábrica especial organizada en una roca inmediata, la *Mill Rock* (fig. 2). Los estuches se llenan de esta mezcla, se la ataca ligeramente con cuñas de madera, y se suelda sobre ellos una cubierta por medio de una aleacion muy fusible que se calienta al vapor, á una temperatura que no exceda de 45º C. Cada cartucho tiene en su base cuatro uñas que sirven para mantenerlo en su lugar.

El explosor de dinamita (figura 4 n.º 3) es un tubo de cobre que contiene dinamita n.º 1; una vez lleno, se tapa la boca, sumérgese la extremidad en liga, y colócase una cubierta en su extremidad. Todos los cartuchos se sumergen en aceite y pez, rodándolos en arena para impedir su corrosion.

El n.º 5 de la figura 4 representa el explosor de mina cuya posicion en las galerías está indicada en la figura 3: es un cilindro de laton de 18 centímetros de longitud y de 4 de diámetro, lleno de dinamita. En este cohete hay

otro más pequeño, que lleva el cebo eléctrico, y que se llena de fulminato de mercurio. La base del cilindro está ocupada por azufre, en el cual se sumergen los dos hilos conductores que llevan la corriente al alambre capilar de platino. El cohete inflamatorio está cubierto de gutapercha (n.º 4) é introducido en el n.º 5; los dos hilos que sirven para llevar la corriente atraviesan un tapon taladrado. Cada barreno se llena de cartuchos de *rack-a-rock*, reservando su extremidad para colocar un cartucho de

cada cual de dos cartuchos de dinamita idénticos á los que guarnecen las extremidades de los barrenos, y de un cohete de cebo colocado encima. Toda la mina está dividida en 24 circuitos independientes, dominando cada uno de ellos cierta superficie, y comprendiendo 25 cebos inflamatorios; cada cartucho reposa en un travesaño de madera empotrado en las paredes de las galerías.

La corriente eléctrica debe inflamar simultáneamente los 6,000 cohetes, produciéndose la explosion de los cartuchos de dinamita por *simpatía*, y suscitando al mismo tiempo la de los cartuchos de *rack-a-rock*, colocados en el interior de cada barreno. Un total de 40,000 cartuchos, conteniendo 75,000 libras (34,020 kilogramos) de dinamita n.º 1, y 240,000 libras (108,864 kilogramos) de *rack-a-rock*, es lo que ha producido en algunos segundos la destruccion de Flood Rock, habiendo costado la preparacion la bagatela de 5.000,000 de francos.

La explosion se produjo el 10 de octubre á las once y diez y seis minutos de la mañana. La fig. 5, tomada de una fotografía instantánea, sólo puede dar una vaga idea del magnífico espectáculo que ofreció esta maravillosa obra: representa el momento en que las aguas alcanzan su mayor altura; aquellas se elevan en masas irregulares, como si unas gigantescas fuentes, separadas unas de otras, lanzaran á la vez sus enormes

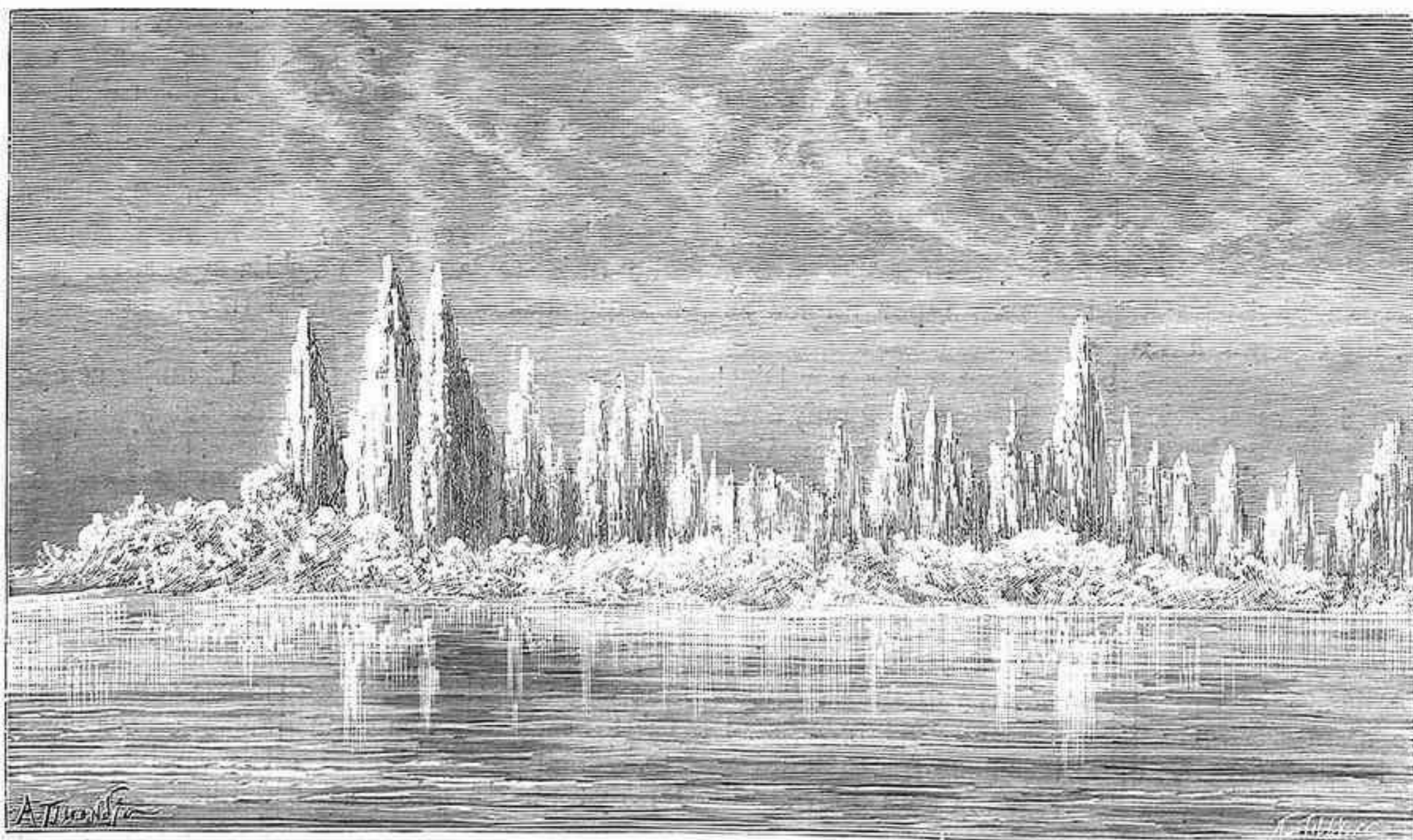


Fig. 5.—La explosion en el momento de la mayor elevacion de las aguas. (Copia de una fotografía instantánea.)

chorros; la masa puesta en movimiento tenia más de 400 metros de longitud, por 250 de ancho y 60 de altura.

En el momento de la voladura oyóse una estrepitosa detonacion, seguida de otra ménos fuerte, pero sin vibraciones sucesivas: Flood Rock habia desaparecido.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON